
Guerra y género

Hortensia Moreno

[L]os soldados que participan en combate lo encuentran extremadamente antinatural y horrible. Cualquier persona cuerda, hombre o mujer, que esté rodeada por las visiones y sonidos aterradores y surreales de la batalla, instintivamente querrá correr o esconderse y congelarse, y ciertamente no querrá meterse en un peligro aún mayor por matar y lastimar a otras personas. En contradicción con la idea de que la guerra excita a los varones, expresa su masculinidad innata o les da una ocupación que los llena de plenitud, toda evidencia indica que la guerra es algo que las sociedades imponen a los hombres, quienes la mayoría de las veces necesitan ser arrastrados a ella por la fuerza; una vez ahí se les tiene que disciplinar y aplicar lavados de cerebro en forma constante y después se les tiene que premiar y honrar. La guerra es el infierno.

JOSHUA S. GOLDSTEIN, *War and Gender*, p. 253.

La guerra es cosa de hombres. Todo parece indicar que quienes deciden iniciarlas y concluir las, quienes las dirigen y organizan, y quienes finalmente las pelean son todos del sexo masculino. El hecho por sabido se da por descontado, como si fuera un dato de la naturaleza, con la misma conformidad con que se acepta que el cielo es azul o que las cosas caen por su propio peso. Como ocurre con las certezas del sentido común, resulta poco probable que cuestionemos las implicaciones del asunto: la guerra es cosa de hombres y las mujeres tenemos poco que hacer al respecto, excepto tal vez lamentar la mera existencia del fenómeno o sufrir su influjo en nuestras vidas.

Por eso resulta tan interesante e iluminadora la pregunta que se formula Joshua S. Goldstein y que lo lleva a realizar una investigación monumental para responderla. Porque poner en entredicho las certezas del sentido común es una de las maneras más inquietantes de desvelar la estructura invisible del mundo. Y la pregunta es simplemente ¿por qué? ¿Por qué es cosa de hombres? ¿Por qué las mujeres están exclui

das de la guerra? ¿Por qué aceptamos -como si se tratara de algo "natural" e inevitable- esta ordenación de género en la guerra sin dedicarle un solo pensamiento?

Se trata, sin duda, de alguna clase de "división del trabajo" tan obvia y evidente como la que establece que sean las mujeres las encargadas del trabajo doméstico; lo primero que se desvela al interrogar la obviedad es que, por lo visto, a un sexo se le ha encargado la tarea de matar ya que el otro se encarga -¿natural e inevitablemente?- de dar la vida. Por supuesto, se trata del problema de matar como imperativo, como deber, como obligación, porque para asesinar no hace falta pertenecer a un determinado sexo: aunque quizás haya cierta ventaja masculina en los marcadores finales, lo cierto es que la humanidad en pleno se ha dedicado al refinadísimo deporte con singular entusiasmo. Pero aquí estamos hablando del matar institucionalizado, de la *profesión* de matar. Y así como no hay mujeres combatientes, tampoco hay -que yo sepa- verdugas.

En su libro *War and Gender / How Gender Shapes the War System and Vice Versa*,¹ Goldstein indaga y comprueba que, en efecto, la profesión de soldado es virtualmente masculina a lo largo de la historia y de la geografía. Señala también que este hecho no le ha llamado la atención más que a un puñado de investigadoras feministas, porque para los señores que se encargan de estudiar el tema de la guerra eso del género no sólo resulta irrelevante, sino que por lo visto los tiene completamente sin cuidado: para ellos la pregunta de por qué las mujeres no participan en la guerra debe sonar como un completo sinsentido. ¿Cómo que por qué? Pues porque no. Porque así son las cosas. Punto.

En cambio, desde diferentes lugares, las feministas han tratado de explicarse esta -otra- exclusión y han ensayado diversas hipótesis. El trabajo de Goldstein -quien se declara pacifista radical (de los que prefirieron ir a la cárcel que a la guerra de Vietnam) y feminista confeso- consiste en sistematizar esas hipótesis y a continuación someterlas a la prueba de las evidencias disponibles. Desde su punto de vista, para descifrar el significado de este enigma hace falta reunir suficiente evidencia empírica proveniente de múltiples disciplinas que permita

¹ Cambridge University Press, 2001, 523 pp.

integrar una visión de conjunto donde se abarquen distintos niveles de análisis: fisiología, conducta individual, instituciones sociales, estado, sistema internacional y tendencias mundiales. Según él, la pregunta sólo puede ser respondida a plenitud con el concurso de la bioquímica, la antropología, la psicología, la sociología, la ciencia política y la historia.

¿Cuál guerra?

Para empezar, Goldstein define la guerra como un fenómeno virtualmente universal. Se trata, en principio, de *violenia integridad letal*. Eso significa que el término incluye desde las manifestaciones más simples hasta las más sofisticadas de esa clase de violencia: si miembros de una pequeña sociedad de cazadores y recolectores van en un grupo organizado a matar a miembros de otra comunidad, eso es la guerra, igual que lo es el uso de armamentos modernos. Tal parece que en la época actual, las guerras más comunes rara vez toman la forma de batallas entre ejércitos pertenecientes a estados. La guerra ocurre entre grupos (comunidades, grupos étnicos, sociedades, estados). En fin, según esta definición, incluso cierta violencia urbana organizada en pandillas (constante, territorial, letal) es una forma de guerra.

Las formas y las motivaciones de la guerra varían grandemente: algunas guerras son un buen negocio; otras son desastres económicos. Algunas ocurren lejos de casa; otras, extremadamente cerca. A veces los soldados matan enemigos desconocidos, con apariencias extrañas y que hablan lenguas incomprensibles para ellos. En contraste, en algunas guerras los vecinos matan a sus vecinos. Los soldados a veces matan a grandes distancias -por ejemplo, con los misiles aéreos- y otras veces matan de cerca -por ejemplo, a machetazos. Algunos no tienen idea de quiénes son las personas que mataron; otros pueden reconocer exactamente las caras de los muertos.

En esa gran variedad, los combatientes reaccionan de maneras también diversas. Muchos soldados pierden la habilidad de funcionar en la batalla. Pero muchos otros se sienten energizados y algunos se acuerdan de su servicio militar como la mejor etapa de sus vidas. En muchas sociedades, los veteranos de guerra reciben privilegios y un estatus especial; pero a veces, los soldados que regresan de la guerra son tratados como parias. Algunos soldados pelean con gran determinación, matan y mueren voluntariamente cuando podrían haber huido del campo de

batalla. En otros casos, ejércitos enteros simplemente se desmoronan porque carecen de la voluntad de pelear.

Después de señalar la enorme diversidad que se da en la guerra, Goldstein llega a la conclusión de que se trata de un fenómeno generalizado: en virtualmente todas las culturas humanas existe la guerra de alguna manera, como un potencial siempre presente -porque una sociedad que no está en guerra puede estarlo en cualquier momento que se realiza por lo menos ocasionalmente (y en muchas culturas, incesantemente): de los casi 200 estados que existen en la actualidad sobre la tierra, todos tienen un ejército permanente.

En cuanto a su antigüedad, tenemos que llegar a la triste conclusión de que nuestro mito de que en el origen los seres humanos formábamos sociedades más pacíficas y nos volvimos más beligerantes en las sociedades complejas, parece ser falso. En investigaciones recientes sobre sociedades cazadoras y recolectoras del presente -cuya supuesta índole pacífica reflejaba los orígenes pacíficos de la especie humana- se ha demostrado que estas comunidades *no* son pacíficas. De acuerdo con estudios antropológicos que comparan a diferentes culturas, las sociedades donde no hay estado tienen por lo menos tantas guerras como los estados. Además, los niveles totales de violencia per cápita (o sea, entre individuos) pueden ser incluso más altos en las sociedades simples que en las sociedades complejas agrarias o industrializadas. Por su parte, los datos arqueológicos sugieren la presencia de la guerra desde el Neolítico temprano; incluso es posible que la guerra desempeñara un papel central en el *desencadenamiento* de la Revolución del Neolítico. Un nuevo y creciente -aunque todavía limitado- cuerpo de evidencia tangible permite suponer que había guerras antes de la invención de la agricultura.

Ciertamente, nadie discute que la guerra haya jugado un papel central en la aparición de los estados y la civilización después de la Revolución del Neolítico; la evidencia indica que ya había guerra en el periodo inmediatamente anterior al inicio de la historia registrada: sabemos que las sociedades prehistóricas tenían tanto la organización social como las armas necesarias para la violencia intergrupala organizada. La guerra tiene raíces profundas. Parece, pues, que virtualmente no hay sociedades pacíficas. Sólo tenemos un puñado de excepciones: se trata de pequeñas comunidades aisladas, con escasísimo contacto entre sí, que habitan en los límites de la viabilidad ecológica y en circunstancias que vuelven impracticable la guerra.

Este conjunto de evidencias le permite a Goldstein postular que existe un *sistema de la guerra* el cual determina muchas de las configuraciones del orden establecido; entre ellas, la configuración del género. El sistema de la guerra es el conjunto de formas interrelacionadas en que las sociedades se organizan para participar en guerras reales y potenciales. Desde esta perspectiva, la guerra no es sólo una serie de sucesos, sino más bien un sistema continuo a través del tiempo. Este sistema implica, por ejemplo, que cada estado dedique una parte de su presupuesto al gasto militar, además de que cada uno instituya fuerzas armadas permanentes.

Las hipótesis de trabajo

La guerra es una empresa tremendamente diversa que opera en muchos contextos con muchos propósitos, reglas y significados. De la misma forma, las normas de género *afuera* de la guerra muestran una enorme diversidad a través de las culturas y de la historia: los seres humanos hemos creado muchas formas de matrimonio, sexualidad y división del trabajo en el hogar y en el cuidado de los niños. Pero es precisamente en aquellas áreas que están más estrechamente ligadas con la guerra -como el liderazgo político, la caza y ciertos rituales de pasaje- donde los roles de género tienden a ser más constantes a través del tiempo y a lo largo de sociedades diversas.

El enigma es: ¿por qué cuando aparece la *conexión* de la guerra con el género desaparece la diversidad? Esta conexión es muy estable en el tiempo y en la geografía. Los roles genéricos en la guerra son consistentes a través de todas las sociedades humanas conocidas: en una abrumadora mayoría, los grupos de combatientes están formados por varones de manera exclusiva.

Sin embargo, existen numerosos casos históricos en que, por diversos motivos, las mujeres han participado en operaciones militares, e incluso en combate. Este registro histórico muestra que las mujeres son capaces de desempeñarse exitosamente en la guerra. Por lo tanto, la casi total exclusión de las mujeres de los roles de combate no se puede explicar por su inherente falta de capacidad; muchas sociedades han vivido para la guerra o perecido por el mismo motivo, pero muy pocas han movilizadado a las mujeres para pelear. Según la investigación feminista sobre el asunto, esto tiene que ser explicado.

En el esquema de trabajo de Goldstein, las explicaciones se organizan en tres grandes rubros: las razones biológicas, la dinámica intergrupala y las construcciones simbólicas. En el primer renglón, Goldstein sistematiza cinco hipótesis que exploran las diferencias biológicas individuales de sexo que podrían explicar la exclusión de las mujeres del combate: el programa genético de los varones, la testosterona, el hecho de que los varones son más grandes y más fuertes que las mujeres, el cerebro masculino, y la idea de que las mujeres están biológicamente adaptadas para la crianza de los niños. Cada una de ellas, excepto la primera, encuentra algún soporte en la evidencia empírica, pero sólo en términos de diferencias promedio entre los sexos que no explican de manera suficiente las divisiones categóricas que marcan los roles genéricos en la guerra.

En el segundo renglón, el autor examina la cohesión masculina (*male bonding*),² la posibilidad de que los hombres operen mejor que las mujeres en sistemas jerárquicos, el hecho de que los hombres conciban las relaciones intergrupales de manera diferente que las mujeres y, por último, la segregación genérica que se da en la infancia. La más fuerte evidencia empírica emerge de la segregación en la infancia, pero ella sola tampoco explica la casi total exclusión de las mujeres como combatientes.

En el tercer renglón, Goldstein opta por integrar un conjunto de factores relacionados con pequeñas diferencias innatas biológicas en tamaño, fuerza y rudeza *promedio*, las cuales se combinan con el modelaje cultural de varones rudos, valientes, que feminizan al enemigo cuando lo dominan. Pareciera que la evidencia empírica tiende a destacar esta combinación de roles de género culturalmente construidos con diferencias biológicas reales aunque modestas.

Creo que es esta combinación de factores la que permite a Goldstein realizar su más valiosa aportación; porque su tratado es una exhaustiva colección de resultados de investigación, es decir, se trata de un trabajo cuya materia prima es "de segunda mano" -con una bibliografía de 65 páginas. La relevancia del conjunto se deriva, por un lado, de la confrontación de muy diversos -y hasta encontrados- puntos de vista, y

² Con la idea del *male bonding* se establece la conjetura de que los varones establecen vínculos entre ellos que son inaccesibles para las mujeres.

por el otro, de la fluidez con que esa información es organizada. Las conclusiones de Goldstein nos conducen a repensar el tema del género con una perspectiva más abierta y, al mismo tiempo, más rigurosa.

En esta perspectiva, la pregunta por el género en la guerra no se puede responder ni desde una sola disciplina ni en una sola dirección causal; Goldstein postula que la forma en que se configura el género *es* una de las causas de la guerra, así como *es* la guerra una de las causas del género: por un lado, los roles de género adaptan a los individuos para sus roles en la guerra, y por el otro, el sistema de la guerra impone a las personas los roles de género que se escenifican en la vida cotidiana.

Esto significa que, para acabar con el sistema de la guerra o para modificarlo de manera fundamental, se requerirían profundos cambios en las relaciones de género. Y a su vez, la transformación de los roles genéricos puede depender de cambios profundos en el sistema de la guerra, porque la socialización de niños y niñas dentro de sus roles genéricos ayuda a reproducir el sistema de la guerra: la guerra tiene influencia sobre todas y cada una de las relaciones de género.

La perspectiva feminista

En realidad, no existe una "teoría feminista" de la guerra. Lo que hay, más bien, es una serie de argumentos feministas que aportan algunas explicaciones y prescripciones a veces contradictorias. La mayoría de los enfoques feministas comparten la convicción de que el género ayuda en la comprensión de la guerra, aunque las diferentes escuelas divergen; Goldstein ordena las teorías feministas de la guerra en tres principales grupos: el *feminismo liberal*, el *feminismo de la diferencia* y el *feminismo postmoderno*.

El feminismo liberal arguye que las mujeres son iguales a los hombres en habilidades y que la generización de la guerra refleja la discriminación masculina en contra de las mujeres; a menudo enmarca las desigualdades de género en términos de un énfasis clásico liberal en los derechos individuales: las mujeres tienen derecho de participar en todos los papeles sociales y políticos (incluidos los de la guerra) sin ser discriminadas; no cree que el ingreso de las mujeres en el ejército cambie fundamentalmente el sistema mundial ni modifique una política internacional dada, y tampoco cree, por cierto, que afecte al sistema de la guerra.

A finales de la década de los setenta, cuando el ingreso al ejército de Estados Unidos se volvió voluntario -después de la guerra de Vietnam-, las feministas liberales abogaron por que se permitiera a las mujeres alistarse en el ejército.' El feminismo liberal rechaza la idea de que, por naturaleza, las mujeres sean más pacíficas que los hombres.

Por su parte, el feminismo de la diferencia postula que las experiencias de las mujeres son fundamentalmente diferentes de las masculinas; que la cultura sexista devalúa las cualidades "femeninas" en lugar de celebrarlas y promoverlas. Respecto de la guerra, arguye que las mujeres, a partir de su experiencia en la crianza de los niños y en las relaciones humanas, son generalmente más efectivas que los hombres en la resolución de conflictos y en la toma grupal de decisiones, y menos efectivas que los hombres en combate. Algunas teóricas suponen que tales diferencias de género están basadas en la biología, mientras que otras creen que son enteramente culturales, pero ambas afirman que las diferencias de género son reales y no todas ellas malas.

El feminismo de la diferencia tiene dos posturas teóricas sobre la guerra: primero, que los hombres son relativamente violentos y las mujeres relativamente pacíficas. Segundo, que los hombres son más autónomos que las mujeres y que las mujeres están más conectadas en sus relaciones sociales. Según estos planteamientos, las mujeres tienen habilidades únicas como pacificadoras. Algunas feministas relacionan la índole violenta de los varones con la sexualidad masculina; otras no ven en la guerra una extensión de la sexualidad de los varones, sino más bien un intento por compensar la inhabilidad de los varones para procrear. Otro argumento de esta corriente sostiene que los hombres tienden a ver su posición relativa en el grupo en términos de una jerarquía competitiva; en cambio, las mujeres tienden a ver su posición dentro de un grupo en términos de apoyo mutuo.

Por último, el feminismo posmoderno ve el género en sí mismo, y los roles de género en la guerra, como fenómenos fluidos, contextuales y arbitrarios. El género configura la forma en que tanto hombres como

³ Un ejemplo interesantes de esta posición se puede encontrar en una película hollywoodiense protagonizada por Demi Moore: *G. I. Jane* (las siglas G. I. significan *Government Issue* y se utilizan para designar a los soldados; la traducción directa del título podría ser *La soldada*, pero en México la estrenaron como *Hasta el límite*).

mujeres entienden sus experiencias y acciones respecto de la guerra. En esta perspectiva, varias autoras comparten un escepticismo generalizado sobre el establecimiento de categorías y métodos de conocimiento, y subrayan el papel de la cultura en la configuración de la experiencia. Según las feministas posmodernas interesadas en nuestro tema, tanto las mujeres como los hombres desempeñan muchos roles sumamente diversos en la guerra, algunos de los cuales son claramente contradictorios.

Mujeres combatientes

Uno de los capítulos más apasionantes de este libro reseña los informes que el autor encontró sobre comunidades humanas en las que los roles de género en la guerra fuesen significativamente equilibrados o revertidos (después de revisar los mitos sobre la existencia de las amazonas y los matriarcados, que ya han sido rigurosamente desmentidos). El sentido de la indagación se vuelve todavía más interesante si se toma en cuenta, por un lado, que en la guerra, los combatientes son por lo general todos varones (las excepciones no llegan al 1% de todos los guerreros en la historia), y por otro lado, que la división de género de la guerra es similar tanto en las sociedades proclives a la guerra como en las más pacíficas; y también está presente tanto en las sociedades más sexistas como en aquellas donde hay una relativa equidad de género.

Por lo pronto, en el sistema interestatal actual, 23 millones de soldados sirven en ejércitos estables y uniformados; de ellos, 97% son varones; en sólo seis de los casi 200 estados del mundo, las mujeres forman más del 5% de las fuerzas armadas. Y la mayoría de esas mujeres ocupan roles tradicionales femeninos tales como los de oficinista y enfermera. Las fuerzas designadas *de combate* en los ejércitos estatales incluyen varios millones de soldados, de los cuales 99.9% son varones. Es decir, las fuerzas de combate en la actualidad excluyen a las mujeres de manera casi total.

Sin embargo, existe evidencia histórica documentada de la participación de mujeres en la guerra en el rol de combatientes. La evidencia de que las mujeres han podido desempeñarse como soldados parece confirmar las ideas del feminismo liberal: las mujeres *pueden* hacerlo eficientemente y es factible organizar unidades de combate solamente con mujeres. Esto sólo se ha probado un puñado de veces en toda la historia, pero el resultado muestra la posibilidad de éxito, definido como

una amplia efectividad militar. Estos casos, aunque pocos, demuestran la *posibilidad* de que las mujeres combatan.

Solamente en el Reino de Dahomey (en África Occidental) la participación de mujeres combatientes trascendió un corto periodo de crisis: el reino duró desde 1670 hasta 1892, lapso que coincide con la era del tráfico de esclavos, que fue su principal actividad económica. Los "cuerpos de amazonas" parece que se originaron en 1727, cuando Dahomey se enfrentó a una grave situación militar relacionada con la escasez de varones. Las mujeres fueron excelentes "soldadas" cuya presencia incrementó sustancialmente el poder militar del reino. Dahomey es un caso importante porque muestra la posibilidad de una estancia permanente y efectiva de mujeres combatientes que formen una minoría sustancial en el ejército.

Las "soldadas" en Dahomey estaban armadas con mosquetes y espadas. Se entrenaban regularmente y se parecían mucho a los hombres en el vestido y en las actividades. Mostraban al menos tanto valor como los hombres y tenían fama de ser crueles. Decían: "¡nosotras somos hombres, no mujeres!, nuestra naturaleza es distinta". Técnicamente, estaban casadas con el rey (pero no tenían relaciones sexuales con él), eran extremadamente leales a su persona y tenían prohibido acostarse con otros hombres (con el riesgo de la pena de muerte para ambos integrantes de la pareja, aunque algunos observadores piensan que esa regla era frecuentemente vulnerada).

Se contaban por miles y vivían en el palacio, junto con las esposas civiles (alrededor de 2000) y las esclavas. De acuerdo con un informe no muy claro, había prostitutas empleadas en el palacio para servir las. Las amazonas estaban completamente segregadas de los hombres. Fuera del palacio, debían hacer sonar una campana para anunciar que se acercaban: todo mundo debía darles la espalda y los varones tenían que irse de ahí.

Ahora bien, el ejército de Dahomey no era principalmente femenino; pero aunque no eran la mayoría, las mujeres desempeñaron un papel clave. Entre 1890 y 1892, Francia conquistó Dahomey, pero requirió para ello de varios ataques sangrientos (lo cual demuestra que era el poder militar más fuerte del occidente de África en ese momento).

Probablemente Dahomey integró mujeres en su ejército en parte porque, a diferencia de sus vecinos, adolecía de una carencia de hombres por tres razones: era excepcionalmente belicoso y perdía muchos hombres en la guerra; dependía del tráfico de esclavos, que selecciona

ba a los varones físicamente aptos para su venta; y se enfrentaba con vecinos hostiles diez veces más grandes que ese país. Se trata de un caso crítico, porque muestra que las mujeres pueden ser física y emocionalmente capaces de participar en la guerra a gran escala, a largo plazo y de manera organizada. En lugar de haber sido debilitado por la participación de mujeres, el ejército de Dahomey estaba claramente fortalecido. Las mujeres ayudaron a convertir a Dahomey en el poder militar regional dominante durante el siglo **xix**. Sin embargo, Dahomey es virtualmente el único ejemplo de este tipo.

Entre los ejércitos de la era moderna, la más sustancial participación de mujeres en combate ocurrió en la Unión Soviética durante la segunda guerra mundial. El país enfrentaba una grave situación cuando fue invadido por la Alemania nazi en 1941. Durante los siguientes tres años, hubo decenas de millones de bajas en la guerra y grandes pedazos de su territorio quedaron en ruinas. En esta situación extrema, los soviéticos movilizaron todos los recursos disponibles para el esfuerzo de la guerra.

Cientos de miles de mujeres participaron en el ejército soviético. Sin embargo, las fuentes son sospechosamente vagas sobre el número exacto, porque es difícil distinguir los datos verdaderos de la propaganda romántica. Las cifras oficiales aseguran que alrededor de 800 000 mujeres participaron en el Ejército rojo y otras 200 000 eran partisanas. Según estas cifras, alrededor del 8% del total de las fuerzas era de mujeres (había 12 millones de hombres). Del total de 800 000 mujeres, 500 000 sirvieron en el frente y alrededor de 250 000 recibieron entrenamiento militar en escuelas del Komsomol. La mayoría tenía entre 17 y 20 años. Sin embargo, debemos tratar tanto los datos cuantitativos como las narrativas heroicas con cierto escepticismo: la mayoría de las mujeres no sirvió en combate directo, sino que se concentró en labores de apoyo médico en el frente, baterías antiaéreas y guerrillas. No obstante, cientos de miles de mujeres participaron en el esfuerzo de la guerra, probablemente la cifra más alta en la historia moderna.'

⁴ Otro ejemplo, de la cinematografía, es la estremecedora cinta *Enema at the Gates*, exhibida en México como *Enemigo al acecho*, donde se refleja -en el marco de la batalla de Estalingrado- tanto la participación de mujeres en combate como la existencia de una labor propagandística crucial para mantener la moral del pueblo invadido.

La evidencia indica que en el frente ruso, las mujeres pelearon tan bien como los hombres (ambos eran en cierta medida "carne de cañón" en una guerra de desgaste e inanición). Pero, tan pronto como las circunstancias lo permitieron, las unidades femeninas fueron desbandadas y el Ejército Rojo volvió a ser exclusivamente masculino. Incluso si las estimaciones oficiales no exageran, las mujeres combatientes pudieron llegar a ser menos del 1% de las fuerzas de combate soviéticas.

Las mujeres no fueron mayoría ni en el ejército soviético ni en el de Dahomey, pero en ambos casos la movilización de una sustancial minoría de mujeres incrementó el poder militar del estado. El caso soviético también deja ver cuán extrema debe ser la amenaza a una sociedad antes de que mande mujeres a combatir, porque incluso en extremos similares de desesperación, la mayoría de las sociedades prefiere no movilizarlas.

En efecto, no todas las sociedades obsesionadas por la guerra, o en una lucha desesperada por sobrevivir, dejan que las mujeres combatan. En la segunda guerra mundial, Alemania se enfrentó con una escasez crónica de hombres para la guerra, tan aguda que tuvo que enviar varones púberes al frente. Sin embargo, la ideología nazi promovió una rígida división de género donde las mujeres estaban exclusivamente dedicadas al hogar y a la producción de niños (la famosa trilogía de las tres "K": Kinder [niños], Küche [cocina], Kirche [iglesia]), mientras que los hombres se dedicaban a la política y a la guerra.

Si bien en la Alemania nazi se utilizó el trabajo de las mujeres (para permitir que los varones se dedicaran a la guerra), ellas siempre estuvieron lejos del combate, por lo menos hasta el colapso final. Ni siquiera las mujeres que sirvieron en uniforme, con rango y bajo la disciplina militar, fueron entrenadas en el uso de armamento ni se les permitió estar armadas y disparar bajo ninguna circunstancia, ni siquiera como un último recurso para evitar la captura.

Aparentemente, los factores clave que permitieron que las mujeres soviéticas combatieran fueron la desesperación, la total militarización de la sociedad y una ideología que promovía la participación de las mujeres en roles que no eran tradicionalmente femeninos. La Alemania nazi estaba igualmente militarizada y llegó a estar desesperada, pero una ideología radicalmente diferente prohibió armar a las mujeres.

En adición a los casos extremadamente raros en que ha habido unidades de combate totalmente femeninas, existe evidencia de que ha habido

do unidades mixtas donde las mujeres han combatido. La guerrilla es una rica fuente de datos de unidades de combate mixtas (aunque en la práctica, las mujeres tienden a permanecer en rangos bajos y a ser concentradas en tareas médicas). Desde la guerra fría hasta la actualidad, la academia ha documentado los roles cruciales de las mujeres en una variedad de guerras que incluyen Vietnam, Sudáfrica, Argentina, Chipre, Irán, Irlanda del Norte, Líbano, Israel, Nicaragua y otras.

En la guerrilla, en contraste con la guerra convencional, la participación de mujeres no es rara. Estas mujeres, cuando han participado en combate, han dado buenos resultados. Sin embargo, cuando sus fuerzas llegan al poder y se convierten en ejércitos regulares, las mujeres han sido excluidas. Evidentemente, esta exclusión no está basada en su falta de habilidad como soldados.

Por ejemplo, durante la segunda guerra mundial, en Italia hubo 35 000 partisanas, de las cuales 650 murieron en combate. En Yugoslavia, la mayoría de las mujeres trabajaron en roles de apoyo tradicionalmente femeninos durante la resistencia masiva a la ocupación nazi; sin embargo, un poco más del 10% de los soldados del Ejército de Liberación Nacional (100 000) fueron mujeres.

En Nicaragua, entre los sandinistas había cerca de un tercio de mujeres en el frente militar; sin embargo, después de la victoria, la mayoría de las mujeres fueron desmovilizadas y el resto ubicado en batallones de puras mujeres. De alguna manera, los sandinistas mantuvieron los roles de género en su sitio: se esperaba de las "mujeres buenas" que fuesen "úteros patrióticos" que aportarían soldados para la revolución y los enviarían gustosamente a morir por la causa. La guerrilla del FMLN en El Salvador en los años ochenta también dejó que las mujeres pelearan, pero dentro del marco conceptual que mantiene los roles de género tradicionales.

Además de estas referencias, Goldstein revisa las de mujeres que han combatido individualmente -muchas veces disfrazadas de hombre- e inclusive las de mujeres que se han convertido en líderes militares (como Juana de Arco). Según la evidencia histórica, la guerra no suele dejar indiferentes a las mujeres ni consiguen los hombres aislarlas por completo de la violencia intergrupal letal. Tal parece que, en cuanto las circunstancias las obligan o cuando tienen una oportunidad, algunas mujeres empuñan un arma y se lanzan al campo de batalla, donde muchas de ellas se distinguen por su eficacia y su valor.

En la actualidad, más de una docena de estados -en su mayoría países industrializados- permiten que haya mujeres en posiciones oficiales de combate. El ejército de Estados Unidos en años recientes ha llevado a cabo la más extensa experiencia de integración de mujeres en unidades regulares. Hacia 1999, 200 000 mujeres pertenecían al ejército (14% del total), más de un millón eran veteranas y miles habían operado en zonas de combate en varias guerras.' Las mujeres participan en roles de apoyo, desde los tradicionales (enfermeras, oficina) hasta los no tradicionales (mecánica, entrenamiento).

Este proceso refleja la profesionalización y burocratización técnica del ejército, donde ser un soldado es "tener un empleo" y puede convertirse en "una carrera". Además, la administración se da cuenta de que el trabajo de una mujer es más barato que el de un hombre con calificaciones equivalentes: a las mujeres les pagan lo mismo que a los hombres en cada puesto específico, pero ellas traen, en promedio, niveles de educación más altos. También refleja la amplia aceptación del feminismo liberal que sostiene que las mujeres y los hombres deben tener derechos similares y las mujeres pueden hacer trabajos "masculinos". En teoría, la presencia de mujeres en el ejército mantiene la exclusión de las mujeres del combate, pero en la práctica, el límite entre combate y apoyo no es tan nítido.

La integración, sin embargo, no se ha realizado sin obstáculos; por el contrario, los elementos sexistas de la cultura militar no cambian de la noche a la mañana, y el hostigamiento contra las mujeres en el ejército está muy extendido.' En una encuesta que hizo el Pentágono en

Por cierto, 45% de esas mujeres son de raza negra, un proporción mucho mayor que la correspondiente a la población en conjunto.

⁶ Un ejemplo de ese hostigamiento está en la revista Ms. (vol. VI, núm. 4, enero/febrero de 1996, p. 48) que nombró a Shannon Faulkner una de las "Mujeres del Año" de 1996 y publicó un artículo de Claudia Smith Brinson, "Honor on her own terms", donde reseña el pleito de esta joven de 18 años que se atrevió a demandar a una universidad militarizada (The Citadel) porque rechazó su solicitud de ingreso con el anticonstitucional argumento de que Faulkner es mujer. Después de ganar la demanda, Faulkner vivió los dos años y medio más horribles de su vida gracias al hostigamiento público de que fue objeto por parte de los defensores de la tradición a partir de la cual sólo los hombres pueden dedicarse a la vida militar. Cuando fue admitida en The Citadel, era la única mujer entre más de 1900 hombres. En las clases, los cadetes chiflaban cuando ella se paraba. En los salones, la atropellaban física y verbalmente. Cuando se quejó, los administradores le dieron la razón "a los mucha

1992, alrededor de la tercera parte de las "soldadas" reportaron haber sido víctimas de alguna clase de hostigamiento o abuso sexual, verbal o físico. En un informe del senado de 1992 se dice que 60 000 mujeres fueron violadas o atacadas mientras estaban en el ejército. Y a mediados de los años noventa se ventilaron varios casos de abuso de autoridad donde muchos oficiales fueron acusados de violación y abuso sexual.

En Estados Unidos, las mujeres en el ejército están concentradas en los rangos y los salarios más bajos, porque siguen desarrollando ocupaciones tradicionalmente femeninas. Alrededor de dos tercios de las mujeres están en administración, salud, comunicaciones y servicios. En las ocupaciones relacionadas con el combate, tales como entrenamiento y apoyo de varios tipos, está 4% de las mujeres (alrededor de 7 500 personas).

En resumen, la participación de mujeres en combate se encuentra en muchas culturas alrededor del mundo y en muchos periodos históricos, aunque generalmente en números extremadamente reducidos en comparación con los varones. Entre todos, estos millares de casos refuerzan fuertemente la conclusión de que las mujeres individualmente pueden combatir cuando las circunstancias lo permiten (o las fuerzan a ello). Cuando las mujeres han tenido que combatir, por lo general se han desempeñado tan bien como la mayoría de los varones; en los papeles de apoyo, tienen pocos problemas para adaptarse a las organizaciones militares; también pueden pelear y pueden matar. Sin embargo, cuando mujeres excepcionales han querido ir a la guerra, han tenido que superar la testaruda resistencia de los hombres o adoptar un disfraz masculino.

El sistema de la guerra excluye a las mujeres de los roles en que tendrían que matar, excepto en las emergencias más duras, como cuando tienen que defender a sus hijos y hogares. Esto no necesariamente las protege, pues se han enfrentado a grandes peligros en el campo de batalla; lo que no comparten con los hombres que las rodean es la tarea de matar agresivamente.

chos". En agosto de 1995, después de unas cuantas horas del rito de pasaje que se conoce como una "semana en el infierno", decidió renunciar; pero la "semana en el infierno" no fue nada comparada con lo que Faulkner tuvo que afrontar para llegar a ella: subió 25 kilos, dice que envejeció entre 10 y 20 años y vivió al borde de un ataque de nervios.

Las diferencias biológicas

El feminismo, en general no se lleva con la biología; las resistencias a escuchar argumentos biológicos provienen de un debate antiguo que puede resumirse como la confrontación de ciertas ideas acerca de una supuesta "superioridad masculina" determinada biológicamente y el postulado crucial que inauguró el pensamiento feminista de la segunda mitad del siglo xx con la célebre frase de Simone de Beauvoir de que "no se nace mujer, se llega a serlo".

La desconfianza feminista no es gratuita: la ciencia biológica ha sido manipulada muchas veces para "demostrar" que la situación de los grupos subordinados y oprimidos es "natural" y por lo tanto necesaria, inevitable y santa. Todavía durante el siglo pasado la usaron los nazis para categorizar a los judíos como una "raza inferior", la siguen usando los supremacistas blancos para justificar la explotación y segregación de la gente de color, y ciertamente la han usado los ideólogos del patriarcado que, por ejemplo, encontraron muy cómoda la posibilidad de comparar el peso de los cerebros masculino y femenino para asegurar que la diferencia en tamaño, masa y volumen del contenido de los respectivos cráneos era la causa de esa desigualdad entre los sexos que se traduce como subordinación de las mujeres.

Por eso no debe extrañar que muchas feministas se alarmen con los argumentos que, al reconocer un sustrato biológico, se prestan a una racionalización de las relaciones de género en la actualidad. Respecto del tema de la guerra en particular, el argumento que muchas feministas cuestionan establece que los roles de género en general -y aquellos que tienen que ver con la violencia y la agresión en particular- están genéticamente determinados, son naturales, difíciles de cambiar y adaptativos en el sentido evolutivo.

Sin embargo, tal parece que el feminismo tendría que reconsiderar sus reservas, porque una actitud de cerrazón total ante los hallazgos de la biología puede convertirse en una fuente de desinformación y prejuicio. Con esta reflexión, Goldstein emprende una revisión cuidadosa de la evidencia que proviene de las ciencias biológicas para encontrarse con informaciones que, si bien afirman de manera terminante la existencia de variantes corpóreas demostrables entre los sexos, arrojan poca luz sobre el enigma de la virtual exclusión de las mujeres de la guerra.

Para introducirnos en el tema, el autor discute la asunción común de que la biología sea una fuerza inmutable, mientras que la cultura es

una dimensión más controlable de la existencia. En realidad, los científicos entienden, controlan y cambian la biología (por ejemplo, con las vacunas, los antibióticos y los anticonceptivos) mucho más fácilmente -aunque dentro de límites reales- de lo que los científicos sociales y los políticos pueden controlar la cultura y las relaciones sociales.

A continuación, el autor explica la relación entre biología y conducta social como un sistema de causalidad recíproca cuyos resultados finales no se pueden atribuir a la presencia de uno u otro tipo de factores, sino precisamente a la existencia de múltiples "circuitos de retroalimentación". Así, propone entender el influjo de la biología en la conducta social a partir de describir una causalidad compleja de ida y vuelta entre la biología y la cultura.

Por último, Goldstein echa por tierra nuestra idea de que lo biológico sea una especie de programa rígido a partir del cual se establecen rutas excluyentes de desarrollo. Por el contrario, según el autor, en la medida en que biología es destino, ese destino es diversidad: los sistemas biológicos son extremadamente complejos, flexibles y variados.

Esto significa, en resumen, que las diferencias biológicas de género, en oposición a las diferencias estereotípicas -construidas por la cultura y por la dimensión simbólica de la existencia-, no son categóricas. Los hombres, lo mismo que las mujeres, presentan diferencias dentro de su grupo mucho más pronunciadas que las diferencias promedio entre los sexos; y a partir de la evidencia biológica podemos decir sin lugar a dudas que, en la especie humana,¹ las diferencias entre personas de diferente sexo pueden ser menores que las variantes entre sujetos del mismo sexo.

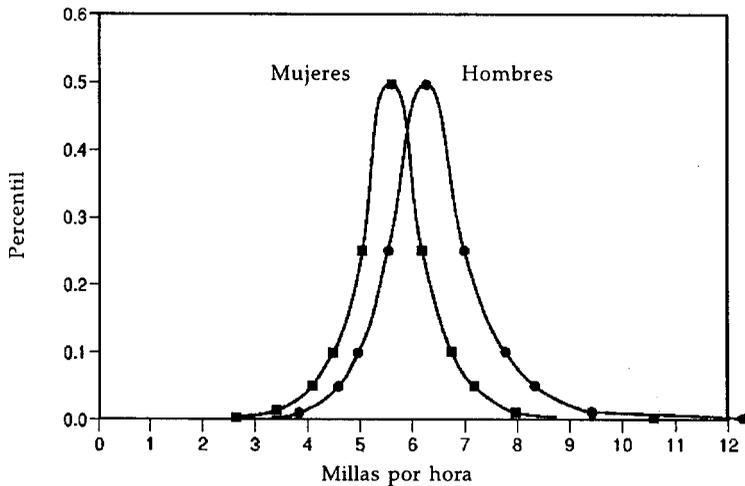
Veámoslo con un ejemplo: *en promedio*, las mujeres somos más chaparras que los varones; pero esa diferencia *promedio* entre los dos sexos es mucho menor que la diferencia que existe entre el varón más alto y el más chaparro (o entre la más alta y la más baja de las mujeres).

¹ En términos técnicos, esto quiere decir que somos una especie cuyo *dimorfismo sexual* no es muy pronunciado; en ese aspecto somos semejantes a los gatos, a los perros, a los caballos, cuyas características sexuales distintivas no son muy notables. Hay, en cambio, especies donde el dimorfismo sexual es notabilísimo, por ejemplo la de los gorilas, donde el tamaño de los machos es mucho mayor que el de las hembras. Tal vez esta falta de caracteres sexuales contrastantes nos obligue a significar el género con artificios mucho más visibles, que van desde la vestimenta hasta la cirugía.

Es decir: la diferencia *promedio* en estatura no implica que *todas* las mujeres seamos más chaparras que *todos los* varones y, ciertamente, hay una proporción considerable de mujeres que sobrepasan en estatura a una proporción considerable de varones.⁸

Esta ausencia de un *dimorfismo sexual* acentuado se manifiesta en la mayoría de los indicadores físicos y de las medidas psicológicas de conductas relevantes para la guerra: en esos terrenos tampoco encontramos una separación tajante de los sexos en dos categorías separadas. Lo cual no quiere decir que no existan variantes pronunciadas dentro de la especie; hay, en efecto, una enorme variedad de respuestas; pero esa variabilidad se manifiesta más bien en el plano individual: las características individuales tienden a distribuirse, dentro de cada sexo, de una manera que queda muy nítidamente expresada en ese instrumento gráfico que los estadísticos denominan "curvas de campana": mucha gente se agrupa en medio y una poca presenta medidas muy altas o muy pequeñas en una dimensión dada de habilidad o estilo.

FIGURA 1. Velocidad en el Maratón de Nueva York por sexo, 1997.⁹



⁸ Esto nunca ocurre entre los gorilas: ahí todas las hembras son considerablemente más chiquitas que los machos y no hay ningún macho lo suficientemente chaparro como para que una hembra lo sobrepase en estatura.

⁹ El autor calculó las curvas por sexo del Maratón de Nueva York de 1997; cada una de las marcas (lugar y tiempo) de 30 427 participantes que terminaron la carrera fue publicada en una página de internet (tres cuartas partes de los competidores eran

Talla y fuerza

Quienes se oponen a que las mujeres peleen en la guerra a menudo argumentan que ellas no son lo suficientemente grandes y fuertes como para desempeñarse exitosamente en combate, donde los participantes deben viajar y pelear en condiciones muy duras, cargar paquetes muy pesados y ser capaces de arrastrar a sus camaradas heridos hacia afuera del campo de batalla.

Sin embargo, la interpretación de datos sobre diferencias de género en tamaño y fuerza es problemática porque las diferencias observables no son completamente "naturales" y difieren de una sociedad a otra y de época en época. Incluso dentro de un mismo país, esos datos varían considerablemente: están fuertemente afectados por la cultura. Por ejemplo, el peso tiene que ver con lo que la gente come, y en muchas culturas los hombres no comen lo mismo que las mujeres.

Incluso la estatura, aunque menos que el peso, refleja condiciones culturales. Entre la gente de las zonas prósperas y la gente de las zonas pobres dentro de un mismo país se observan grandes diferencias de estatura, y lo mismo ocurre de una generación a la siguiente; por lo tanto, se sabe que la estatura también está relacionada en gran medida con la alimentación.

Por su parte, es obvio que la fuerza física está más influida que la estatura por aspectos culturales. Para empezar, hay diferentes tipos de fuerza física, los cuales muestran diferentes patrones de género: las mujeres son *constitucionalmente* más fuertes que los hombres (viven más tiempo, resisten más la fatiga, la enfermedad, la hambruna, ¡el parto! y

varones). La figura muestra la velocidad promedio. Aunque la mediana para las mujeres fue 11% más baja que para los hombres, la gran mayoría de los varones terminó la carrera bastante después que la más rápida de las mujeres, y la gran mayoría de las mujeres terminó bastante antes que el más lento de los hombres. Debe notarse que la muestra representada en esta gráfica no es típica de la población general: el centro de la curva contiene las marcas de los corredores y corredoras de resistencia con más motivación y habilidad del área de Nueva York (menos del 1% de la población). El extremo derecho de la curva es todavía menos representativo ya que muchos de los atletas más veloces del mundo corrieron en esa carrera. Por ejemplo, ninguno de los 13 finalistas era estadounidense; provenían de Kenia, Italia, México y otros países. Presumiblemente, esta muestra de élite exagera la diferencia de sexo representada por la colita del extremo derecho de las curvas de distribución.

esas cosas). Pero la capacidad para levantar en vilo objetos pesados es el ejercicio donde se da una mayor disparidad entre los sexos.¹⁰

Otra vez, la cuestión clave no es la diferencia en los promedios de los dos sexos, sino más bien cuánto se traslapan las curvas de distribución: incluso las más pronunciadas diferencias de sexo en fuerza, estatura y velocidad muestran un traslape nada trivial (aunque éste no pueda interpretarse como una equivalencia de sexo). En todos estos indicadores, los varones alcanzan calificaciones diferentes en promedio, pero las curvas de distribución se traslapan y siempre hay algunas mujeres más fuertes, más altas y más veloces que muchos hombres. Estos datos implican que si los ejércitos incluyeran solamente a los soldados más grandes, fuertes y rápidos, muchas mujeres podrían participar en combate, aunque en menor número que los hombres.

Sin embargo, la participación de las mujeres en la guerra sigue siendo ínfima o nula. No se ha incrementado en aquellas guerras casi totales donde la movilización es muy extensa (más que en los casos históricos que ya mencionamos). Tampoco es cierto que la introducción de armas de fuego en la guerra, tanto de manera local como en un sentido global e histórico, haya incrementado la participación de las mujeres en el combate, ya que esta modificación tecnológica sin duda volvió las diferencias en talla y fuerza menos decisivas para la victoria en la guerra.

Sin embargo, la mecanización histórica de la guerra produjo pocos cambios durante el siglo **xix**. El corolario de que la mayoría de las guerras deberían ser ganadas por el bando en que hay soldados más grandes y fuertes de hecho no alcanza apoyo empírico; a pesar de la idea de que la talla y la fuerza son tan críticas para la efectividad militar que deberían determinar el resultado de las batallas, lo cierto es que son la estrategia, la disciplina, el espíritu de lucha, la inteligencia y (especialmente) la calidad del armamento los que lo determinan.

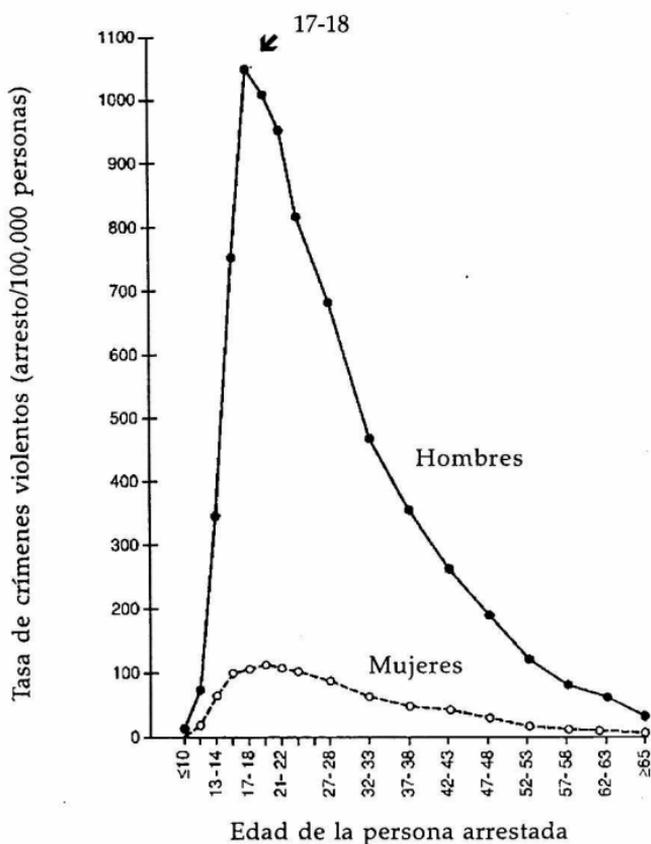
¹⁰ Cualquiera que haya practicado un deporte sabe que la capacidad corporal (dentro de ciertos límites) se incrementa conforme la persona persiste en el entrenamiento; es obvio que el levantamiento de pesas no había tenido en nuestro país ninguna popularidad entre las mujeres hasta, tal vez, la época actual en que incluso tenemos una medallista olímpica -el primer oro mexicano femenino- con nuestra halterofílica Soraya Jiménez. Aquí, de nuevo, las diferencias de género, *en potencia* son considerables, pero no muchos hombres (de las mismas dimensiones, por supuesto) pueden levantar el mismo peso que nuestra atleta olímpica.

El papel de la agresión en la guerra y el género

Entre las variables centrales para llevar a cabo un examen de la guerra está la "agresión". Desde ciertas perspectivas, la guerra es meramente una extensión a gran escala de un fenómeno más general: el de la agresión masculina. Sin embargo, el concepto de agresión es tan ambiguo como cuestionable. Para definir una conducta como "agresiva" tenemos que echar mano de definiciones controvertidas en varios planos: intención, conducta y estado emocional.

En su uso más común, "agresión" se refiere a una hostilidad no provocada hacia otros, es decir, se trata de la motivación que conduce a una persona a iniciar un ataque o pelea. La idea de que la agresión es una cualidad masculina ha permitido suponer que los varones son violentos y competitivos "por naturaleza".

FIGURA 2. Tasa de arrestos por crímenes violentos, por edad, y sexo, Estados Unidos, 1982



Entre los diversos tipos de conducta estudiados por los psicólogos, la agresión ha mostrado ser la diferencia de género más consistente: está presente en todas las culturas donde esa conducta ha sido estudiada. En todas ellas se ha comprobado que los niños varones son más agresivos que las niñas tanto física como verbalmente y tienen más ensoñaciones donde fantasean que se lían a golpes con los demás." La diferencia comienza tan pronto como empieza el juego social (a los dos o dos y medio años de edad). Aunque la agresividad declina en ambos sexos con la edad, los niños varones y los muchachos siguen siendo físicamente agresivos a lo largo de la juventud.

La proposición complementaria a la de que los hombres son belicosos es que las mujeres son pacíficas, con base en la ética del cuidado. La naturaleza pacífica de las mujeres podría ser suficiente, en teoría, para explicar los roles genéricos de la guerra: si ninguna mujer quiere guerrear, la guerra será exclusivamente masculina.

Sin embargo, según lo demuestran los hallazgos de estudios recientes, las mujeres no somos pacíficas "por naturaleza" ni ajenas por completo a la agresión. Pero los cauces que encuentra esa agresividad son diversos de los masculinos. Entonces, la agresión física está entre las diferencias de género más significativas, pero existen diferencias menores -e incluso una cierta preeminencia femenina a ciertas edades- en la agresión verbal o social." A esta forma de agresión se le llama "relacional" y ocurre, de manera significativa, más a menudo entre las niñas que entre los niños, tanto en el kínder como en la primaria.

En la adolescencia, la agresión que ejercen los varones sigue siendo tan directa como siempre (y más dura físicamente) mientras que la agresión de las niñas se ha vuelto indirecta. Los varones son más agresivos que las mujeres y esa diferencia sexual es más pronunciada en la agresión física que en la psicológica. La agresión femenina es menor cuando el efecto esperado puede herir a la víctima, poner en peligro a la agresora o provocarle culpa o ansiedad intensa.

¹¹ Un ejemplo de lo más iluminador de la propensión de los varones a pelear puede verse en la película *El club de la pelea*.

¹² Una reflexión muy interesante respecto de las dos modalidades (masculina y femenina) de la agresión puede leerse en un texto de Rafael Sánchez Ferlosio que reproducimos en *dbte feminista* (política, trabajo y tiempos), año 4, vol. 7, marzo de 1993; se titula "Músculo y veneno" y está en la página 107.

Son muchas las disciplinas que han tratado de explicar en qué consiste la agresión, y particularmente por qué afecta más a los varones que a las mujeres; una de ellas es la genética. Sin embargo, la base genética de la agresión no es ni muy específica (es decir, no se ha probado la hipótesis de que exista un "gen masculino para la guerra") ni está estrechamente ligada al sexo: aunque los órganos sexuales femeninos y los masculinos pueden verse muy diferentes, en realidad están muy relacionados y derivan de un "diseño" genético común que tiene la habilidad de desarrollarse en cualquiera de las dos direcciones. Las mujeres y los hombres tienen cargas genéticas casi idénticas, pero los aspectos masculinos se activan en los hombres. El mecanismo activador está en un gen del cromosoma Y donde se produce la proteína que desarrolla los testículos para producir testosterona.

Según ciertas teorías, los genes relevantes que contribuyen a la agresión están latentes tanto en los varones como en las mujeres, pero se activan de manera diferencial por sexo. Esta activación selectiva es el trabajo de la testosterona y otras hormonas sexuales. Aparentemente, las diferencias genéticas basadas en la biología que son relevantes para la guerra son resultado de los efectos de la testosterona. En esencia, el mecanismo activador del cromosoma Y pone en marcha la producción de testosterona. El más importante efecto de esa hormona es que hace que la gente crezca más y se fortalezca después de la pubertad.

Sin embargo, existen estudios donde se cuestiona la importancia de la testosterona como causa de la agresión; en ellos se demuestra que las diferencias en los niveles de testosterona entre individuos no permiten predecir diferencias subsecuentes en su conducta agresiva. Tampoco las fluctuaciones en los niveles de testosterona de un hombre en particular permiten predecir cambios en sus niveles de agresión: según estos trabajos, la testosterona amplifica patrones de agresión existentes, en lugar de causarlos: una elevación de los niveles de testosterona no provoca explosiones de energía, pero incrementa su frecuencia si ya estaban ocurriendo.

La dirección contraria de la causalidad -de la agresión social a los niveles de testosterona- parece ser más probable. Según parece, las

¹³Un texto sumamente esclarecedor del tema es el de Thomas Laqueur, *La construcción del sexo. Cuerpo, género desde los griegos hasta Freud*, Ediciones Cátedra/Universidad de Valencia/Instituto de la Mujer, Madrid, 1994.

fluctuaciones de los niveles de testosterona en los varones responden a situaciones de enfrentamiento, tales como un encuentro de tenis o de lucha, un juego de ajedrez o una tarea competitiva en un laboratorio de psicología. Aquí, los niveles se elevan en preparación para la competencia, y cuando ésta acaba, siguen subiendo en los ganadores, pero bajan en los perdedores. Este efecto no depende de la agresión directa. Ocurre para cualquier cambio en el estatus percibido de un individuo dentro de una jerarquía social; los niveles de testosterona no responden solamente a la fisiología del sexo, sino a aspectos contextuales como los significados culturales, los sentimientos y las feromonas; la testosterona

es sólo una influencia menor en los cambios de estatus en una jerarquía, en comparación con el "contexto social".

Goldstein concluye que el problema con las diferencias de género derivadas de la biología es que ninguna de ellas parece proveernos de una respuesta suficientemente contundente como para descifrar el enigma: la biología aporta una explicación parcial al mostrar por qué la guerra debería tender a involucrar *mayoritariamente* a los varones. Sin embargo, no explica por qué es casi exclusivamente masculina; las diferencias de género en estas dimensiones sólo permiten entender por qué los hombres *en promedio* deberían tener más propensión a la guerra.

Por último, si se discuten las diferencias biológicas de sexo *en promedio*, sin tomar en cuenta las variaciones dentro de cada sexo, se crea una "tiranía de los promedios" en la que los individuos son juzgados por los atributos del grupo. El asunto clave en el enigma de los roles genéricos para la guerra es cuánto se traslapan las curvas de distribución.

Dinámica de grupos

La guerra depende de varias interacciones sociales complejas entre grupos. Por lo tanto, existe la conjetura de que la biología adapta a los varones para esas interacciones. En el nivel del grupo, la biología se vuelve más elusiva que en el nivel individual; pero sabemos que, en algunos aspectos, los genes de alguna manera codifican ciertas conductas sociales prescritas (por ejemplo, la danza de las abejas para comunicarse sobre las fuentes de alimento).

Goldstein se pregunta si los lazos de exclusividad, de jerarquía y de competencia que establecen los varones entre sí -por ejemplo, la

cohesión masculina- son un ejemplo de ese tipo de conducta social prescrita. Según ciertos autores, las mujeres no pueden tomar parte en la cohesión masculina que es necesaria para que las unidades militares peleen exitosamente. Otros dicen que los varones toman, de manera innata, una dirección más jerárquica -que son más aptos que las mujeres a la hora de dar y obedecer órdenes en una cadena de mando- y, por tanto, se adaptan mejor a un ejército. Una tercera variante sostiene que los varones se adhieren más fuertemente a un grupo que se enfrenta a otro, lo cual les permite matar enemigos sin remordimientos. En cuarto lugar, existe la hipótesis de que la guerra está segregada genéricamente porque los infantes crecen en escenarios segregados y nunca aprenden a trabajar en grupos mixtos.

Si los varones de un grupo comparten un vínculo especial al que las mujeres no pueden entrar o (todavía peor) que la presencia de mujeres perturba, entonces ellas difícilmente podrán desempeñarse en combate. Sin embargo, la hipótesis de la cohesión masculina encuentra muy poco apoyo empírico: los estrechos vínculos que se establecen entre varones podrían parecer "masculinos" simplemente porque ocurren en un contexto que es típicamente masculino, y no porque estén inherentemente conectados con el género o porque sólo sean accesibles a los varones. La evidencia demuestra que la vinculación en el pequeño grupo no depende del género.

En los grupos mixtos, los hombres usualmente dominan la interacción (por cierto, las mujeres no tienen una influencia significativa en procesos de grupo donde forman menos del 15% de los integrantes). Los grupos exclusivamente femeninos tienden a diferir de los grupos exclusivamente masculinos (se dice que las mujeres estamos más orientadas hacia las relaciones, somos más cooperativas y funcionamos mejor en situaciones donde podemos estar en confianza). La dinámica de grupos de las mujeres puede diferir de la de los hombres en ciertos sentidos, pero la integración genérica del grupo no perturba aparentemente la vinculación; en suma, la cohesión masculina aporta una explicación muy pobre de los roles de género en la guerra.

El feminismo de la diferencia ha asumido una dirección hipotética donde se postula que la predisposición a formar jerarquías puede ser un rasgo más bien masculino que femenino, y que, cuando las mujeres se organizan en estructuras jerárquicas, estas formas pueden ser más o menos diferentes de las masculinas: supuestamente, los grupos exclu

sivamente femeninos pueden pasar de una estructura no jerárquica a una jerárquica cuando las circunstancias lo demandan; entonces, aunque las jerarquías femeninas se caracterizan por una disciplina pobre y por cierta renuencia a aceptar la autoridad, estos atributos pueden ser superados cuando es necesario (como en las emergencias) y no causar problemas.

Ahora bien, según la evidencia disponible, las organizaciones jerárquicas pueden mostrar algunas diferencias de género, aunque con muchas inconsistencias. Las diferencias de género demostradas empíricamente van generalmente en la dirección postulada por el feminismo de la diferencia, porque los varones, más que las mujeres, se orientan a las jerarquías de estatus y están más dispuestos a cambiar de aliados en la dinámica de la competencia por los rangos. Sin embargo, en conjunto, tales variantes son tendencias vagas que contrastan ante una gran diversidad cultural. Difícilmente consiguen formar una explicación adecuada.

En cuanto a la capacidad para identificarse con el propio grupo y distinguirse del grupo oponente (lo cual permite, en teoría, que unos estén dispuestos a matar a los otros sin miramientos), hay poca evidencia de la influencia del género en la formación de las lealtades de grupo. Tanto hombres como mujeres expresan identidades de grupo de manera similar. Todo parece indicar que, aunque la dinámica intergrupala juega un papel clave en la guerra, parte de potenciales biológicos independientes del género.

Segregación por género en la infancia

Es en la segregación por sexo en la infancia como explicación para la segregación por género en la guerra donde Goldstein encuentra cierta consistencia. En efecto, niños y niñas crecen en "culturas" distintas, con actividades grupales diversas, que tienen estilos y normas de conducta diferentes. La segregación de género se encuentra a lo largo de muy diferentes culturas y es muy resistente al cambio (aunque no es absoluta ni monolítica y hay variaciones considerables en distintos escenarios y diferentes épocas). Ahora bien, el hecho de que la segregación de género se presente en varias culturas no implica necesariamente que tenga una base biológica; más bien, puede ser una combinación de lo biológico, de la socialización y (en menor medida) de componentes cognitivos de identidad.

En el plano individual del análisis, un niño y una niña pueden mostrar diferencias relativamente pequeñas (comparadas con las variaciones que pueden darse entre personas del mismo género) no sólo en características tales como el cociente intelectual, el nivel de desempeño o los rasgos de personalidad, sino incluso en las medidas de "masculinidad" y "feminidad". En contraste, en el plano colectivo, los grupos de pares de niños y niñas difieren mucho más entre sí de lo que difieren los individuos considerados aisladamente. Esto significa que el aspecto genérico de la conducta individual se pone en acto a partir del sexo de los otros.

La segregación por sexo en la interacción de pares durante la infancia parece ser universal: se presenta tanto en las sociedades occidentales como en las sociedades no occidentales, aunque en diversas medidas; además, la segregación tiende a ser más pronunciada en las culturas donde la desigualdad de género es mayor.

En las sociedades no occidentales ni industrializadas, la segregación de género se refuerza con la asignación de tareas diferentes para los niños y las niñas; en contextos occidentales, los adultos crean más a menudo estructuras sociales integradas (por ejemplo, las escuelas mixtas donde los dos géneros deben convivir en el mismo salón de clases), de manera que las preferencias por el mismo género emergen mayoritariamente en contextos no estructurados por los adultos.

A la mitad de la infancia, niños y niñas suelen jugar en parejas y grupos mixtos, pero las interacciones mixtas a menudo refuerzan las fronteras de género, como cuando los niños y las niñas se reparten en equipos oponentes o juegan a perseguirse. Por supuesto, la segregación de género es más fuerte en una etapa del desarrollo -a la mitad de la infancia- e incluso entonces, sólo se da en ciertos escenarios. Si bien el trato con pares del mismo género representa 30% de la interacción social durante la infancia media -comparada con el 10% a los dos años de edad- todavía deja un 70% de interacciones que se dan entre hermanos y hermanas, con los progenitores y con personas adultas, contextos donde la segregación de género es mucho menos pronunciada.

La segregación de género parece estar reforzada en tres niveles: primero, es auto-reforzadora tanto por las preferencias individuales como por la socialización en grupos de pares; el disgusto que les causa a las niñas el juego revoltoso de los niños puede ser una de las causas principales de la segregación, pues son los niños y las niñas quienes eligen autónomamente con quiénes juegan.

En segundo lugar, las reglas de género se vuelven obligatorias por la presión de los pares, principalmente porque los otros niños y las otras niñas se dedican a fastidiar a quienes no las observan, lo cual puede ser brutal y devastador a esa edad. Los niños y niñas que violan más a menudo las fronteras de género son especialmente odiado(a)s por sus compañeros. Los varones, en particular, se arriesgan a ser humillados como "mariquitas" si muestran comportamientos femeninos (por ejemplo, si lloran o se conmueven visiblemente) y también si se asocian con niñas fuera de los contextos permitidos.

La segregación tiene un grado más alto de obligatoriedad entre los niños que entre las niñas. Después de los cuatro años, los niños parecen desempeñar roles más activos en el establecimiento y mantenimiento de la separación entre los sexos. Los grupos de niños, más que los grupos de niñas, excluyen e ignoran al otro sexo y vigilan cuidadosamente las fronteras.

Desde luego, esta separación no es neutral: las asimetrías entre los sexos orientan la segregación hacia la dominación masculina. Esto se refleja en hechos demostrables, por ejemplo, que los niños controlan hasta diez veces más espacio en el patio del recreo que las niñas, e invaden y perturban más frecuentemente el poco espacio que les queda a las niñas.

En tercer lugar, las personas adultas promueven la segregación de género, a veces más de lo que se dan cuenta. Los progenitores, especialmente los padres, refuerzan las normas de género, especialmente con sus hijos varones. Por lo general, tratan de manera diferente a los hijos que a las hijas. La principal diferencia es que promueven las conductas específicas -definidas de una manera más bien estrecha- que son apropiadas para cada sexo, y desalientan las conductas equívocas.

La socialización genérica de padres/madres a hijos/hijas en la temprana infancia toma cuatro rutas: primera, el hecho de comprarles juguetes genéricos puede estimular ciertos temas y prescripciones que a su vez desencadenan otros patrones de género en la interacción social; segunda, el hecho de aprobar ciertos juegos -los que son genéricamente apropiados- y reprobar otros permite identificar las líneas genéricas del comportamiento con bastante claridad; tercera, los padres juegan más rudo con los varones y les exigen que respondan con la misma rudeza; cuarta, con los niños varones se habla menos de sentimientos y se trata de suprimir activamente sus arranques emocionales; los padres también encuentran especialmente importante que los hijos

no muestren el tipo de debilidad o vulnerabilidad o pequeñez que está implicada en el hecho de llorar.

Como ya se ha dicho, este tipo de organización social no es absoluto. Por ejemplo, en las escuelas "activas" (donde maestros y maestras tratan de evitar los estereotipos de género), niños y niñas juegan mucho menos nada más con pares de su propio género que en las escuelas tradicionales. Además, en los salones de tercero y cuarto de las escuelas tradicionales, cuando tienen chance de escoger, una minoría sustancial de infantes están dispuestos a trabajar en grupos mixtos.

La sociedad induce la segregación de género por muchos otros canales, incluso las formas en que las compañías desarrollan el mercado de juguetes, los programas de la televisión, las películas y el *software*. En años recientes, aparentemente, las estrategias del mercado dirigido a los niños se han vuelto más segregacionistas, después de dos décadas en que se temía que los padres de la generación del 68 se resistieran a los juguetes típicos de género.

La segregación en la infancia es, entonces, un primer paso en la preparación de los niños para la guerra. Los grupos de puros varones en la infancia media desarrollan prescripciones de interacción social que se usan más tarde en el ejército. En diferentes culturas, la segregación refleja la importancia de la guerra. Los estilos y temas característicos en el juego de los niños varones están muy a menudo directamente vinculados con sus futuros roles en la guerra (los juegos en que pelean, los de dominación, los temas heroicos y los guiones específicamente guerreros).

Si la "cultura de los niños varones" parece tan funcional en su socialización para los roles masculinos en la vida adulta, seguramente lo es respecto de los roles en la guerra, y de alguna manera menos directa respecto de sus roles de trabajo. Sin embargo, si la segregación de género fuera la razón clave para la segregación en combate, muchos ejércitos habrían de aprovecharse del potencial de las mujeres para el combate con la formación de unidades femeninas de combate segregadas, como lo hizo Dahomey, pero esto no ocurre.

La construcción de la identidad de género

Una vez revisados los argumentos de la biología, Goldstein se inclina a pensar que la estrecha relación que se establece entre el género y la

guerra está determinada de manera profunda por la cultura. La cultura constriñe (encauza, dirige, limita) los diversos potenciales de la biología. Los conceptos culturales de lo masculino y lo femenino son, en muchos sentidos, más rígidos que el género biológico. Con unas cuantas excepciones, las culturas crean una dualidad masculino-femenino que fuerza a los individuos dentro de categorías rígidas. Ciertamente, éste es el caso de las culturas occidentales modernas, que privilegian la oposición binaria masculino-femenino como dispositivo organizador. No sólo las personas, sino categorías enteras de objetos y relaciones se ordenan dentro de las categorías masculina y femenina. Lo que ha sido sólo un potencial en la biología se convierte en un mandato de la cultura. Es posible para una persona y ocasionalmente para un grupo oponerse a la corriente, pero cuesta trabajo hacerlo.

Las culturas no tienen completa libertad en la construcción de los roles de género, sino que más bien trabajan con un conjunto de elementos biológicos y psicológicos -como si dijéramos materiales de construcción- que existen a lo largo de todas las culturas humanas. Estos materiales de construcción no determinan el estilo de funcionamiento de lo que se hace con ellos; sin embargo, los materiales comunes permiten que una amplia variedad de estructuras tenga elementos comunes, como los que encontramos en los roles genéricos de la guerra.

Las culturas modelan a los varones como guerreros al enganchar la "hombría" y la "masculinidad" con aquellas cualidades que definen a los buenos guerreros. La guerra no se da naturalmente en los varones (desde la biología), de manera que los guerreros requieren una socialización y un entrenamiento intensos para poder pelear efectivamente. La identidad de género se vuelve una herramienta con la que las sociedades inducen a los varones a pelear.

Pero esa inducción no es suficiente, porque incluso en las guerras más populares, las sociedades generalmente necesitan de la conscripción obligatoria para formar ejércitos y, en muchos lugares, el orden militar impone la pena de muerte a los desertores. Esto significa simplemente que también los varones le temen a la guerra; eso de matar no se les da naturalmente.

El miedo es la emoción que acompaña al combate. Como todas las sociedades se enfrentan con la posibilidad de la guerra, cada una de ellas tiene que producir una gran cantidad de soldados potenciales que se puedan sobreponer al miedo y funcionen correctamente durante la batalla. Las sociedades y los ejércitos producen soldados valientes de

diversas maneras -todas ellas muy imperfectas- y no todos estos medios tienen que ver con el género.

Muchos soldados sufren daños psicológicos serios y duraderos como resultado de la experiencia de la guerra -con frecuencia, daño suficiente como para ponerlos fuera de combate igual que si hubieran sido heridos físicamente. Durante la segunda guerra mundial, el ejército de Estados Unidos tuvo que mandar a casa a cerca de 400 000 soldados con problemas psiquiátricos. En 1973, casi la tercera parte de las bajas israelíes y egipcias fueron psiquiátricas. Según una estimación, el número de bajas psiquiátricas en cada guerra del siglo xx ha sido 100% mayor que el número de soldados muertos por fuego enemigo (aunque menor que el número de bajas físicas no letales). Estos efectos han sido denominados "desorden de estrés post-traumático" (PTSD¹⁴).

Durante la primera guerra mundial, los líderes militares temieron que si ese síndrome se convertía en una ruta para escapar del frente, demasiados soldados la seguirían. Un informe británico posterior recomendaba, en consecuencia, que no le dieran pensión a las víctimas de esa perturbación porque tal cosa no existía, sino que en el 90% de los casos se trataba simplemente de un agotamiento total y era mejor atenderlo rápida, brevemente y cerca del frente. Sólo alrededor de 10% de los casos se consideraron verdaderas neurosis.

El DSM¹⁵ en su cuarta versión definió el PTSD como "el desarrollo de síntomas característicos -persistencia, recurrencia en ausencia de estímulos asociados y otros- que sigue después de la exposición a la experiencia personal traumática de la muerte real o de su amenaza, o de heridas graves u otra amenaza hacia la propia integridad" que produce un sentimiento de "miedo intenso, desamparo, pérdida de control y amenaza de aniquilación".

Las mujeres están igual de aterrorizadas que los hombres durante el combate, y son igual de susceptibles de sufrir PTSD después. Un estudio sobre PTSD entre veteranos estadounidenses de la guerra de

¹⁴ PTSD: *post-traumatic stress disorder*. En la novela de Joseph Heller *Catch 22 (Trampa 22)* se narra un excelente ejemplo de la preocupación que generó el síndrome.

¹⁵ DSM: *Diagnostic and Statistical Manual* es el instrumento donde se registran la sintomatología, el tratamiento y hasta el costo de la cura de cada una de las "enfermedades" mentales objeto de la psicoterapia.

Vietnam encontró patrones similares para las mujeres (la mayoría enfermeras) que para los varones, relativas al nivel de exposición a la tensión en las zonas de guerra (como el contacto con soldados muertos o heridos). Varios académicos han relacionado el PTSD en veteranos de guerra con síntomas semejantes en mujeres que han sido víctimas de violación o incesto.

Aunque el trauma del combate por sí mismo no depende del género, las *respuestas* culturales a este problema -los trucos que se usan para que los hombres sigan peleando- dependen fuertemente del género: las normas culturales fuerzan a los hombres a soportar el trauma y superar el miedo para poder sostener el estatus de su "hombría"; las culturas desarrollan conceptos de masculinidad que motivan a los hombres a pelear. Los hombres se hacen, no nacen; una cultura tras otra escenifica, para los varones, ritos de pasaje para transcurrir de la infancia a la vida adulta; en todos hay pruebas durísimas de hombría sorprendentemente similares. Por ejemplo, en los entrenamientos para el servicio en el ejército, los epítetos de "mariquita" o simplemente "mujer" no dejan dudas respecto de que si alguien no se convierte en un soldado, eso significa que no es un hombre.¹⁶

Aquellas figuras de la masculinidad que se encuentran más ampliamente a través de las distintas culturas y épocas no son arbitrarias, sino que están configuradas por el sistema de la guerra. La guerra requiere que haya hombres dispuestos a soportar una experiencia extremadamente penosa y dolorosa, y a quedarse ahí el tiempo que haga falta a pesar del impulso de escapar. Para lograrlo, un hombre tiene que aprender a negar todo lo que encuentra en sí mismo de femenino y suave.

Excepto por la fuerza física, la lista de los valores de los guerreros está sorprendentemente desconectada de las diferencias de género con base biológica que discutimos antes. En particular, dos cualidades principales permiten a los guerreros seguir funcionando a pesar del enorme

¹⁶ Elisabeth Badinter dice en su libro *XY. La identidad masculina* (Alianza Editorial, Madrid, 1993, 254 pp., trad. Monserrat Casals) que la masculinidad es un aprendizaje, una tensión, una meta. Nadie la trae ya puesta y aquel que quiera ostentarla tiene que ganársela. Su libro pone en duda la "naturalidad" de lo masculino. También explica que la masculinidad se define en términos negativos, por oposición con tres figuras que muestran las formas en que izo se es hombre: la de la madre, la de la mujer y la del homosexual.

miedo que tienen: la valentía y la disciplina. La disciplina (autocontrol y obediencia) requiere la supresión de las emociones, especialmente el miedo e incluso la pesadumbre (la cólera es más permisible si no provoca ataques incontrolables).

La vergüenza es la gasolina que pone en marcha el proceso de convertir a alguien en un hombre. Los varones que no pasan la prueba de la hombría son avergonzados públicamente, humillados, y se convierten en un ejemplo negativo para los demás. Las mujeres suelen ser participantes activas en la tarea de avergonzar a los hombres para obligarlos a que vayan a la guerra.

Aunque los niños varones están más predisuestos en promedio al juego revoltoso, no son "más toscos" que las niñas de manera innata. No tienen menos emociones o vínculos ni sienten menos dolor. Es obvio -en vista del enorme esfuerzo de la mayoría de las culturas que modelar varones "rudos" no es una tarea fácil o natural. Cuando criamos a los niños varones dentro de las normas de género contemporáneas, en particular cuando los presionamos para que se "endurezcan" y no lloren, pasamos de unas formas elementales de masculinidad a otras compatibles con el sistema de la guerra. Son los niños varones, no las niñas, el tema principal en la reproducción de los roles de género para la guerra; ellos son el centro del modelaje de género en la infancia, presumiblemente porque son ellos los que podrían luchar en una guerra en algún momento.

Las mujeres y la guerra

La feminidad no constituye tan sólo un punto de referencia negativo para que los varones establezcan el conjunto de valores de la "hombría" en un contexto de género. Además de representar todo aquello que los hombres no son, las mujeres contribuyen al sistema de la guerra en una multitud de papeles que agregan significados a la posición masculina de los combatientes. Los roles femeninos en el sistema de la guerra son desempeñados por mujeres que sirven a la guerra en miles de formas

en roles específicos de no combatientes, tales como el de madre, enfermera, prostituta, "adelita", víctima de violación e inclusive pacifista. De esta manera, las culturas usan el género en la construcción de los roles sociales que permiten que haya guerra.

Por ejemplo, tal parece que la participación de los varones en combate implica la construcción de un ámbito de "lo femenino" -incompatible con la participación de las mujeres en las tropas masculinas para que el trauma del combate sea tolerable. Las mujeres representan el hogar, la paz, la normalidad, y por eso deben ser mantenidas aparte del combate. En esta división de roles genéricos, la vida normal se feminiza y el combate se masculiniza.

En sus relaciones con las mujeres, afuera del campo de batalla, los hombres buscan evidencia positiva de que, sin importar los trastornos de la vida militar, siguen siendo personas valoradas y valiosas. Las mujeres, como enfermeras, madres, esposas y novias, desempeñan un papel crucial en la recuperación del trauma de combate en el largo plazo.

Además, aunque las mujeres no participen en la guerra como combatientes, constituyen un elemento clave para sostener el sistema de la guerra. Durante la guerra, la explotación de las mujeres se intensifica (aunque esto no se aplique a todas las mujeres ni a todas las guerras). En primer lugar, la guerra lleva a más mujeres al trabajo sexual en términos todavía más explotadores (aunque esa sexualidad cubre un continuo que incluye reciprocidad en un extremo y esclavitud en el otro). En segundo lugar, la guerra toma prestado del género un código para las relaciones de dominación-sumisión (y no sólo para distinguir la vida normal del combate). En tercer lugar, el trabajo pagado y no pagado de las mujeres (más allá del trabajo sexual) tiene un mayor peso en tiempos de guerra que en tiempos de paz.

Los ejércitos aíslan grandes números de varones post-adolescentes durante periodos extensos, y con ello crean cierto tipo de masa crítica de deseo sexual reprimido. En tiempo de guerra, las normas sociales se perturban y los soldados a menudo operan lejos de su hogar, con nuevas oportunidades y motivaciones sexuales."

Esto no significa que por debajo de la agresividad de los soldados en la guerra haya una sexualidad intensificada; más bien, la guerra per

¹⁷ Durante la segunda guerra mundial, según un cálculo, en promedio, un soldado estadounidense en servicio en Europa desde el Día D hasta el fin de la guerra tuvo sexo con 25 mujeres. Desde la perspectiva de los soldados, la provisión de sexo nunca equivale a la demanda: el deseo está buscando constantemente una salida apenas satisfactoria.

turba las normas sociales. El vínculo hipotético que establecen algunas feministas entre agresión y sexo se debilita ante el hecho probado de que en tiempo de guerra, en las áreas de mayor violencia -los frenteshay menos actividad sexual que en las áreas más pacíficas, detrás de la línea de fuego.

El sexo durante la guerra cubre una amplia gama de contextos, con la participación voluntaria de las mujeres en uno de los extremos (algunas de ellas se convierten en "novias de guerra"), el intercambio explícito o implícito de sexo por dinero o comida a la mitad, y la violación en el otro extremo.

La sexualidad de los soldados crea tres retos particulares para los mandos militares. Primero, las prostitutas y amantes de los soldados pueden servir como espías para el bando contrario. En segundo lugar, si la sexualidad masculina genera accesos de locura (especialmente cuando conducen a la violación) puede producir resentimientos y reacciones contrarias a la misión militar. El tercer y más importante reto es la diseminación de enfermedades venéreas, que han cobrado un importante número de bajas en los ejércitos a lo largo de la historia. Para conjurar estos peligros-al tiempo que se consideran las necesidades de los soldados-, es indispensable mantener bajo control a las mujeres; es por eso, por ejemplo, que los mandos militares a menudo han estimulado u organizado directamente la prostitución al servicio de los ejércitos.¹⁸

Otro elemento que forma parte de esta misma construcción cultural es la feminización del enemigo y la escenificación simbólica (y a veces literal) de su violación, es decir, el uso del género para simbolizar la dominación. Los soldados psicológicamente asumen una posición masculina y dominante relativa a un enemigo "femenino" y subordinado. Entre los ejércitos, por el mismo principio, los subordinados se codifican como femeninos.

El patrón más común en la guerra del Medio Oriente y la Grecia antiguos era feminizar -literalmente- a la población conquistada con la ejecución de los prisioneros varones, la violación de las mujeres y su secuestro - junto con sus hijos- para utilizarlas como esclavas. Pero

¹⁸De esto se trata la novela de Mario Vargas Llosa, *Pantaleón y las visitadoras*, que por cierto acaba de ser llevada a la pantalla con bastante buen resultado.

la masacre generizada está presente incluso en la época actual: en 1995, después de conquistar el pueblo de Srebrenica en Bosnia, las fuerzas serbias juntaron a todos los hombres y muchachos (7 000 varones), los ejecutaron y los enterraron en fosas masivas. A las mujeres y a las criaturas las subieron en autobuses y las deportaron a un territorio controlado por los serbios, pero se quedaron con algunas jóvenes evidentemente para violarlas.

Otra manera de feminizar a los enemigos conquistados es la de castrar a los prisioneros; esta práctica estuvo muy extendida en el mundo antiguo entre los ejércitos chinos, persas, egipcios y amalekitas. La actitud subsiste hasta la actualidad, de manera metafórica, en el discurso de la guerra. En el hiper masculinizado contexto de la guerra, los soldados muestran un extendido temor a la castración. Después de las guerras, las heridas sexuales se convierten en un tema común de la literatura, lo cual refleja la presencia de "desórdenes simbólicos de indefensión".

Botín de guerra

Una de las prácticas de guerra más difundidas desde tiempos inmemoriales es la violación sistemática de mujeres, la cual revela el peso simbólico que deposita la cultura en la integridad sexual de los cuerpos femeninos y, por consiguiente, en la posibilidad de que sean utilizados como arma y como botín de guerra.

La violación de mujeres parece ser un agregado "normal" de la guerra. En contextos donde hay atrocidades generadas por la guerra, generalmente la violación está entre ellas. Pero la asociación de la violación con otras atrocidades no es universal: la violación en tiempos de guerra puede ocurrir sin otras atrocidades, y las atrocidades también pueden ocurrir sin que haya violaciones.

En la interpretación de diferentes autores, la violación proviene de diferentes motivaciones específicas en diferentes guerras: venganza para los soldados rusos en Berlín en 1945, frustración de los soldados estadounidenses en Vietnam, limpieza étnica en Bosnia. Históricamente, los ejércitos violan a las mujeres para humillar a los varones del ejército contrario despojándolos de su valorada propiedad. Una mujer violada es una propiedad devaluada y es la marca de la derrota para los hombres que no pudieron protegerla. La violación es, por lo

tanto, un medio para establecer jurisdicción y conquista: al mismo tiempo contamina y ocupa el territorio de una nación, transgrede las fronteras, derrota a quienes lo protegen. La violación es un crimen de dominación, y de lo que se trata la guerra es precisamente de la dominación: aparentemente no tiene nada que ver con la presencia de prostitutas u otras mujeres disponibles, con lo que muestra que no se relaciona con el deseo sexual.

En la actualidad, la violación como instrumento de control territorial y dominación parece haberse extendido desde la década de los noventa. Un nuevo estilo de hacer la guerra a menudo se ensaña específicamente en contra de las mujeres y utiliza el asalto sexual como táctica para aterrorizar y humillar a la población civil. Esta afrenta ocurre en Bosnia, juega un papel en el genocidio en Ruanda y en la supresión de la resistencia en Haití. En Mozambique en 1991 (durante una guerra poco sonada que dejó un saldo de un millón de muertes), mientras un pueblo era ocupado por una guerrilla de derechas, cada mujer y cada niña fue atacada sexualmente. Para la "limpieza étnica" de Kosovo por las fuerzas serbias en 1999, las violaciones fueron comunes, aunque tal vez menos sistemáticas que en Bosnia. Otros informes recientes provienen de Liberia, Sierra Leona, Burundi, Uganda, Argelia, Indonesia, Cachemira y Burma. Por eso se ha vuelto una práctica común que en los campos de refugiados de Naciones Unidas, los trabajadores regularmente les apliquen anticoncepción de emergencia a las mujeres violadas.

La violación durante la guerra -que incluye la prostitución forzada- se ha considerado ilegal desde hace tiempo bajo las leyes internacionales (la Convención de Ginebra de 1949 y los Protocolos de 1977). Sin embargo, se concebía como un crimen en contra del honor, distinto de otros crímenes violentos como el asesinato, la mutilación o la tortura. No se mencionaba explícitamente como una transgresión grave (como lo son los más serios crímenes de guerra) aunque podía ser subsumida entre ellos como tortura y como tratamiento inhumano. Pero sólo hasta 1996, el tribunal para juzgar los crímenes de guerra de la antigua Yugoslavia incluyó el ataque sexual entre los "crímenes en contra de la humanidad", abrió un capítulo para juzgarlo y juzgó a ocho sospechosos.`

tv El uso sistemático de la violación en la guerra apenas fue definido como un asunto de derechos humanos en la tv Conferencia Mundial de la Mujer, celebrada en Beijing en septiembre de 1995.

Creo que precisamente en este alarde de fuerza y dominación es donde se aprecia con más nitidez el problema de la generización en la guerra: al negarles a las mujeres el estatuto de combatientes se les está negando que ejerzan el gesto elemental de dignidad humana que significa defenderse. Dice Goldstein que, en el contexto de una relación explotadora de dominio, y especialmente durante la guerra, cuando esa relación se intensifica, es lógico que se mantengan las armas lejos del alcance de las clases explotadas-subordinadas: dejar que las mujeres se vuelvan guerreras puede amenazar el dominio de los varones sobre las mujeres.

Misoginia y guerra

Si la violación simbólica y real codifica la dominación, entonces la misoginia sirve como un importante motor de la agresión masculina en la guerra. La violación es la última metáfora del sistema de la guerra: como forma simbólica de la violación, la violencia armada caracteriza al vencedor como masculino y al vencido como femenino. La violación simbólica se escenifica de varias maneras en diferentes culturas y contextos, pero los temas clave se repiten a través del tiempo y del espacio.

Parece que a la misoginia la subyace el miedo. Los rituales de valentía de los guerreros a menudo reflejan una inseguridad respecto de las mujeres: como si tuviéramos una fuerza incontrolable que puede atacar en cualquier momento; esta fuerza, aunque difusa, a menudo se asocia con la sexualidad femenina y las funciones reproductivas de las mujeres. Los varones tratan de neutralizar el poder que piensan es inherente a las mujeres robándoselo, nulificándolo o haciendo que se desvanezca en la invisibilidad.

Los alemanes de las Freikorps después de la primera guerra mundial clasificaban como prostitutas a todas las mujeres que no encajaban en alguna de las imágenes que representaban a la "mujer buena". Las mujeres armadas, las prostitutas y las mujeres que los soldados consideraban prostitutas eran vistas todas como "castradoras" que inducían el miedo a la aniquilación total y al desmembramiento. Entonces, atacar a una mujer que no se identifica con la imagen de la madre/hermana es esencialmente autodefensivo. La misoginia es central para estas identidades de los varones como soldados. Sin embargo, esto representa un caso extremo (el corazón del futuro partido nazi).

Como la misoginia, la homofobia de los ejércitos modernos puede ser el resultado de la necesidad de feminizar al enemigo. Los hombres homosexuales son *varones* en los aspectos biológicos que ya se han discutido: tienen testosterona, son grandes y fuertes, pero su presencia vuelve ambigua la construcción de la identidad de los soldados como actores sexuales dominantes cuyas parejas sumisas-receptivas son mujeres externas a las fuerzas militares.

La explotación del trabajo femenino

Los ejércitos de las guerras del siglo xx dependieron de las mujeres de nuevas formas, no sólo dentro del ejército sino en la fuerza de trabajo civil, además de cumplir con sus responsabilidades normales -trabajo doméstico, reproductivo y sexual- y responder a las necesidades de los hogares en que se habían quedado solas, pues los padres, maridos y hermanos estaban en el frente.

Sin embargo, se enfrentaron -como siempre- con una tenaz resistencia a tratarlas como iguales en los trabajos de guerra. Por ejemplo, en 1940, las mujeres británicas que trabajaban en el transporte público, sólo ganaron el derecho a obtener un salario igual al de los hombres después de permanecer seis meses en el empleo (un derecho al que se opusieron los sindicatos de las industrias pesadas por temor a que los patrones estuvieran utilizando la guerra para deshacerse de la mano de obra masculina calificada).

El trabajo de las mujeres es indispensable para el éxito militar. Por tanto, las mujeres pueden ser excluidas del combate en parte porque es preferible usar en otro lado su mano de obra barata. Esto, sin embargo, no representa una explicación muy buena de los roles de género en la guerra. Su principal conexión parece ser que la guerra agudiza las disparidades de género.

En general, el estatus inferior de las mujeres se relaciona de alguna manera con las guerras frecuentes. La revisión de una docena de estudios antropológicos donde se comparan diferentes culturas permite sostener que las sociedades con guerras frecuentes tienden a reproducir la violencia doméstica (junto con deportes que se asemejan a la guerra, creencias en la magia negra, castigos muy severos para los criminales y pugnas muy violentas entre grupos).

En épocas recientes, algunos escritores han afirmado que los civiles, especialmente las mujeres y los niños, son las principales víctimas de la guerra. Sin embargo, según el Comité Internacional de la Cruz Roja, resulta difícil, si no imposible, sostener estas afirmaciones. Los datos con que cuenta este organismo sugieren que los varones son las principales víctimas de la guerra (y de otras formas de violencia). Aunque las mujeres no son inmunes a los horrores de la guerra, muchos más hombres han muerto en ella. Una investigación epidemiológica reciente aporta estimaciones para 1990:

CUADRO 1
Muertes en la guerra y en otras formas de violencia,
por edad y género, 1990

Edad	En la guerra		En otras formas de violencia	
	Varones	Mujeres	Varones	Mujeres
0-14 altos	80 000	70 000	41 000	38 000
15-44	185 000	121 000	325 000	56 000
45+	25 000	20 000	73 000	29 000
Total	291 000	211 000	436 000	124 000

FUENTE: Christopher J. L. Murray y Alan D. Lopez, *The Global Burden of Disease: a Comprehensive Assessment of Mortality and Disability from Diseases, Injuries, and Risk Factors in 1990 and Projected to 2020, vol. I* del "Global Burden of Disease and Injury Series", Harvard School of Public Health para la Organización Mundial de la Salud y el Banco Mundial, Cambridge MA., 1996; y Christopher J. L. Murray y Alan D. Lopez, *Global Health Statistics: A Compendium of Incidence, Prevalence and Mortality Estimates for Over 200 Conditions*, [vol. II](#) de "Global Burden of Disease and Injury Series", Harvard School of Public Health para la Organización Mundial de la Salud y el Banco Mundial, Cambridge MA., 1996.

Cualquiera que sea la proporción de víctimas hombres o mujeres en diferentes guerras, hay una cosa clara: ni las mujeres ni los varones se benefician de la guerra a expensas del otro sexo. Las mujeres no salen ganando cuando los hombres tienen que protegerlas, ni los hombres salen ganando cuando se van a guerrear mientras las mujeres se

quedan a pagar el precio con su sexualidad y su trabajo. Más bien, ambos sexos pierden en la guerra, aunque pierden de maneras diferentes.

Es obvio a estas alturas del partido que la reflexión de Goldstein no nos permitirá seguir sosteniendo que la guerra es un asunto de hombres. En primer lugar, porque el sistema de la guerra está presente en la vida de todos los humanos. En segundo lugar, porque en un mundo donde la guerra está latente y puede estallar en cualquier momento, en cualquier lugar, sus efectos no le son ajenos a ninguna persona. En tercer lugar, porque las mujeres -deliberada o inconscientemente- participan en el sistema de la guerra en roles que permiten constituir la masculinidad como una disposición a la violencia. En cuarto, porque con o sin su consentimiento, las situaciones de guerra requieren -y los explotan de manera intensiva- de su trabajo, de su apoyo moral, del lugar que ocupan en el mundo, de sus cuerpos, de sus sexualidades.

Cuando nos referimos a la guerra, no podemos hablar de culpabilidad y de inocencia; la ilusión feminista de que las mujeres somos pacíficas por naturaleza y de que, por consiguiente, estamos al margen de todo cuanto ocurre en el mundo de la masculinidad y la violencia, solamente tiene sentido cuando existe una verdadera conciencia y una reflexión crítica de la guerra;²⁰ es decir: ser mujer no implica ser pacifista -como tampoco, por cierto, implica ser feminista. Pero además, feminista no es sinónimo de pacifista, aunque las dos reflexiones confluyan y, en su desenlace, presenten afinidades notables.

¿Iguales o diferentes?

La correspondencia entre el género y la guerra queda de manifiesto en cada uno de los temas que esta monumental reflexión desarrolla. Cada uno de ellos queda abierto para una reflexión más minuciosa. Como el

²⁰ Katha Pollitt elabora una interesante crítica a la idea de que 'las mujeres, como madres, cuidadoras y nutridoras, tienen una especial conciencia de la precariedad de la vida humana, ven a través del patriotismo y de la retórica de la guerra fría y preferirían que las naciones resolvieran sus dificultades pacíficamente'. Véase "¿Son las mujeres moralmente superiores a los hombres?", *debate feminista* (fronteras, límites, negociaciones), septiembre de 1993, año 4, vol. 8, pp. 327-345.

género, el sistema de la guerra parece permear cada uno de los detalles de nuestra vida. Me llama la atención de manera especial el recelo con que Goldstein se refiere a la pregunta por la igualdad.

Desde luego, la igualdad entre los sexos, en el asunto de la guerra, nos remite a una pregunta ética cuya respuesta tiene todas las resonancias del pensamiento de la diferencia y termina por acogerse a los ideales de la feminidad como un espacio de la pureza que hay que preservar: que a las mujeres no se les permita ingresar al ámbito de la guerra permite ciertamente protegerlas de la violencia interna, de esa condición de la masculinidad que todos quisiéramos ver abolida tarde o temprano (antes, por cierto, de que ella termine con nosotros).

Pero no permite protegerlas de la violencia externa. El mundo tal y como podemos imaginárnoslo puede incluir cualquier imagen de belleza y pulcritud que nuestro deseo permita visualizar. Pero el mundo tal como es (y tal como puede ser, según las previsiones más sombrías) no ha logrado abolir la violencia en contra de las mujeres. Lo único que ha garantizado, en la inmensa mayoría de los casos, es condenar a las mujeres a la más dramática de las indefensiones: las mujeres no sólo no pueden portar armas, ni siquiera aprenden a defenderse a mano limpia (como cualquier chamaquito de seis años)."

En éste, el mundo real y violento que vivimos ahora, prohibir a las mujeres que sean violentas (por ese prurito moral o de corrección política que se escandaliza del deseo de una joven de volverse soldada o boxeadora, pero que no se extraña si un joven expresa ese mismo deseo por las mismas razones equivocadas o no) es aprobar -con los ojos cerrados- su situación objetiva de desventaja ante varones capaces de golpear a quien es más débil sin tentarse el corazón.

En fin: tal vez las desigualdades deban discutirse y negociarse en sus contextos locales, concretos, específicos, en las relaciones que establece cada quien con cada cual. ¿Y si la guerra estalla? ¡Que Dios nos coja confesadas!

²¹ Cuando las mujeres se defienden, el escándalo es asombroso: ¡ay de aquella que se atreva a encañonar a su violador! Recordemos el caso de Claudia Rodríguez, publicado por Ma. Victoria Llamas.